

Historia de la medicina

El Teatro Angelopolitano de Diego Antonio Bermúdez de Castro y la medicina novohispana

Rolando Neri-Vela¹

¹ Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Facultad de Medicina, UNAM.

Una de las formas de conocer cómo eran los aspectos referentes a la salud en el México colonial es urgando en los textos, no sólo de tipo médico, sino también en lo que toca a literatura y filosofía, así como descripciones históricas de una época o de un lugar.

Diego Antonio Bermúdez de Castro, personaje que nació en la Puebla de los Ángeles en 1692, fue escribano y notario mayor de la curia eclesiástica del obispado de Puebla, y entre sus obras se encuentra un Catálogo de los escritores angelopolitanos y la Noticia histórica del oratorio de San Felipe Neri de la ciudad de Puebla de los Ángeles.

Además, compuso su Teatro Angelopolitano (que significa descripción de la villa), que quedó inconcluso por la muerte de su autor, pero da clara noticia de lo que fuera su tierra natal durante los años coloniales que le precedieron.

De los problemas sanitarios existentes antaño, la sífilis era uno de los padecimientos que más incapacidades ocasionaba, no solamente a hombres, sino también a las mujeres, no importando la ocupación, incluidos los hombres de iglesia.

Etapas de la humanidad, en que parecía que el tener las bubas fuera símbolo de distinción; este padecer, nombrado también greñimón, griñimón, grillimón, (en Granada), grimanas, mal napolitano, grillo (en Málaga), sarampión indiano (en Sevilla), malacatufas y grano (en Toledo), tenquedo (en Madrid), zurriache (en Córdoba), galán cortés (en Burgos), o también doma potros, o azul subido en San Lúcar y Jerez, zurrión en Cadiz, y en Valencia Balaguer, no tenía un remedio efectivo, pues se habían probado ya varios recursos, como el llamado “leño de las indias occidentales”, guayaco o “palo santo”, amén de otros más.

Los hospitales, cuyo nacimiento como tales está bien documentado desde la Edad Media, fueron atendidos principalmente por religiosos y por las damas de la alta sociedad, queriendo así, conseguir el cielo a la llegada de su muerte.

Así, al tratar “De las entradas y puentes de esta ciudad y algunas particularidades que contiene dentro de sus términos”, nos narra el autor acerca de un paso que había para atravesar el río San Francisco, que “a la distancia de tres cuerdas a poca diferencia se fabricó otro puente de cal y canto a la costa de las rentas de esta ciudad”, tan amplio para que por él transitara un coche, habiendo sido concluido en 1682; dicho puente fue conocido con el nombre “de las bubas”, pues en 1685 el ilustre señor general don Estacio Luis Salcedo Coronel y Benavides, caballero del orden de Santia-

go, capitán de caballos corazas españolas, teniente general de la compañía del excelentísimo señor duque de Arizcot, caballero mayor y más antiguo del señor don Carlos II, entre otros títulos más, junto con su esposa doña María Enríquez de Silva y Noroña, fundaron, de sus bienes comunes, un hospital con título de Nuestra Señora, para curar a los enfermos del mal gálico, llamado también landre, o bubas, o mal francés, nosocomio que más tarde se convertiría en un mesón y casa de posada inmediato a dicho puente, que también llamaron de Apresa.¹

También Bermúdez de Castro nos ilustra acerca de la materia médica poblana, al decir que en los tejidos de la ciudad, al sur, se cogía una tierra muy aromática, clara, que llamaban “tierra de Villegas”, que era muy buena para borrar manchas y curar flujos de sangre; o la yerba llamada escorzonera, útil como purgante, así como la que los naturales llamaban Itzcuimpactli, o yerba de la Puebla, por ser muy provechosa el agua que de ella se obtenía por medio de la alambicación, para los enfermos de landre y aquéllos afectados por los dolores de la gota.²

La misma yerba de la Puebla, decía Bermúdez de Castro, era utilizada “para el consumo de animales feroces que aniquilan los ganados” y perros atacados por la rabia, que ocasionaban muchos desastres, preparada de la siguiente manera:

“Se lleva a carga por diversas partes de la América, porque dándola a comer en pedazos de carne, al instante comenzando a dar furiosas carreras mueren rabiando de su inquietud para cuyo efecto es de más eficacia la yerba que se coge antes del tiempo de aguas, aunque algunos animales por natural instinto conociendo haber comido dicha yerba, recostándose en el suelo, perseveran quietos y pacíficos, hasta que después de gran rato con el calor natural se consume la voraz actividad de tan venerable yerba”.³

También nos informa el autor en su texto que el licenciado en teología Alonso Fernández de Salcedo, catedrático de prima de artes en los reales colegios de San Pedro y San Juan, “era cura rector del hospital real del Señor San Pedro,⁴ institución que tan valiosos servicios diera en bien de la salud del mexicano, hasta hace pocos años, y que en la actualidad alberga al Museo de Arte Colonial de la ciudad de Puebla”.

En el texto que estoy comentando, en una segunda parte está una serie de biografías.

Al hablar don Diego Antonio Bermúdez de Castro del Venerable Señor Obispo fray Julián Garcés, se hace mención

del médico Pedro López, gran benefactor de la Nueva España, mencionando que gracias a su dirección se había construido el hospital de Bethelém, en el desierto de Perote, en el camino que iba de Veracruz a la ciudad de México, para consuelo de los peregrinos, refugio de los pasajeros y curación de sus dolientes, y que a la muerte de él, había seguido con su tarea el hermano Bernardino Alvarez, fundador del Orden de la Caridad,⁵ así como creador del primer hospital psiquiátrico para varones que hubo en la Nueva España.

Don Alfonso de la Mota, cuya vida también es relatada, fue íntimo del Venerable Gregorio López,⁶ quien escribiera un Tesoro de Medicinas, compuesto durante su estancia en el hospital de Oaxtepec, en el actual estado de Morelos, siendo este texto un libro de medicina doméstica, para uso de aquellos que no tuvieran en su población un médico que los atendiera, o bien que no tuvieran los recursos económicos suficientes para sufragar los emolumentos de un facultativo, pues a más de que había pocos, sus honorarios eran sumamente gravosos para la mayoría de la gente. Al tener gran amistad con Gregorio López, lo acompañó un tiempo cuando éste decide hacer vida eremítica en el desierto de Santa Fe, antes de salir de la Mota para Michoacán y Pátzcuaro.⁷

Nos informa también, Bermúdez de Castro, que el mismo de la Mota edificó a sus expensas el célebre panteón del colegio de San Idelfonso, que había dedicado para que fuere hos-

picio para los enfermos del humor gálico, pero que después decidió que la edificación se dedicara mejor a la enseñanza.⁸

Uno de los más excelsos habitantes que ha tenido Puebla ha sido, sin lugar a dudas, don Juan de Palafox y Mendoza, de quien en el texto se dice que permutó el hospital antiguo de Nuestra Señora de la Concepción en un colegio de niñas doncellas con el título de las Vírgenes.⁹

Asimismo, narra el ataque de tercianas que padeció Palafox y Mendoza, enfermedad que terminó con su vida a las doce horas y media del día miércoles 1º de septiembre de 1659.¹⁰

De esta manera, el Teatro Angelopolitano nos muestra la grandeza que en el campo de la medicina novohispana tuvieron durante aquellos años la Puebla de los Angeles.

Referencias

1. Bermúdez de Castro, Diego Antonio: Teatro Angelopolitano. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1991: 48-49.
2. Idem, p. 51 y 52.
3. Idem, p. 52.
4. Idem, p. 78.
5. Idem, p. 102.
6. Idem, p. 110.
7. Idem, p. 113.
8. Idem, p. 113 y 114.
9. Idem, p. 124.
10. Idem, p. 145.